
DOCUMENTOS

Lectura, literatura y construcción ciudadana.

Una aproximación¹

Soledad Álvarez

Introducción

Permítanme comenzar con una confesión o una advertencia para curarme en salud y no desencantarlos demasiado por no llenar las expectativas de este Seminario: estoy aquí para hablar de lectura y literatura como escritora, ocupación a la que he dedicado mis mayores afanes a lo largo de la vida; por ende, estoy aquí antes que nada como lectora, práctica y gozo al que he dedicado más que el doble de tiempo que a la escritura. Nunca he sido profesora, aunque he impartido cursos y talleres, tampoco soy socióloga, aunque sí una observadora y también estudiosa de las relaciones sociales, y una lectora empedernida de la realidad que me circunda.

Tan pronto acepté la solicitud de Raymundo González de comparecer ante ustedes, y antes de pensar en las posibles ideas a desarrollar bajo el tema de lectura y ciudadanía, vino al recuerdo la imagen de una de las películas que marcó mi generación, «Fahrenheit 451» del director americano Ramin Bahrani, basada en la famosa novela homónima de Ray Bradbury, una distopía de la sociedad estadounidense del futuro,

1 Texto de la conferencia pronunciada el 25 de mayo de 2022 en el marco de un taller sobre lectura, formación docente y ciudadanía, organizado por el Instituto de Formación Docente Salomé Ureña (ISFODOSU), Santo Domingo, República Dominicana.

en la que los libros están prohibidos y existen bomberos que queman cualquiera que se descubra. El protagonista de esta película es un bombero llamado Montag, un censor que por distintas circunstancias se cansa de serlo y al final de la película, después de ser perseguido logra salvarse y llegar al bosque donde se une a un grupo de «hombres y mujeres libro». Cada uno lleva el nombre del libro que repetía todo el tiempo para que no se olvide y poder preservarlo del exterminio para el futuro. La imagen que nunca olvidaré de la película es la de ese grupo de hombres y mujeres caminando por el bosque repitiendo el libro elegido: uno *El Quijote*, otro *Hamlet*, otro *Moby Dick*, etcétera.

La lectura

El tema de *Fahrenheit 451* es la quema de libros para reprimir a los disidentes. Bradbury dijo alguna vez que era una crítica a la era del macartismo, y luego que era una crítica a la forma en que los medios de comunicación atentan contra el interés por la lectura. En la historia del libro y la lectura, desde que la invención de la imprenta hizo nacer al lector, engendrando una estructura reflexiva y el paso a un pensamiento crítico, en no pocas ocasiones el libro y la libertad de lectura han sido perseguidos en nombre de una creencia o doctrina. Uno o dos ejemplos: los autos de fe de la Inquisición, la quema de los libros por los nazis, las prohibiciones por las dictaduras en los siglos pasados y en la contemporaneidad, y en la literatura, entre otros ejemplos la quema de la biblioteca de Alonso Quijano y la expulsión de Keim en el *Auto de fe*, de Elías Canetti. En «La muralla de los libros» Borges recuerda al emperador Shih Huang Ti, quien ordenó la edificación de la casi infinita muralla china y quien dispuso se quemaran todos los libros anteriores a él. Borges concluye diciendo: «Quemar libros y erigir fortificaciones es tarea común de los príncipes».

Desde el inicio de la era Gutenberg, el libro y la lectura han sido una reafirmación de la individualidad, una forma de re-

sistencia, en tanto como experiencia cognitiva y de creación —reescritura de lo leído por el lector— a través de ella descubrimos y reinventamos la realidad que nos rodea; la lectura despierta la sensibilidad y el discernimiento indispensables para la formación de sujetos críticos. «Lectura como ejercicio utópico —dice Fernando Savater— lectura como ejercicio crítico, lectura como ejercicio espiritual: el mundo y las formas de dominio cambian, pero la lectura encuentra siempre el modo de ser una revuelta».

De esta lectura gozosa y crítica, ejercicio libertario en tanto práctica solitaria y soberana, lectura que no es la mera decodificación de lo impreso, identificación de letras y signos, asociación de grafemas y fonemas, ni tampoco la característica del proceso de información — Pedro Salinas estableció la diferencia hace décadas cuando dijo que hay «leedores» y «lectores»—, de esa lectura-diálogo entre el autor y el lector, que analiza, cuestiona, forma criterio y nos abre al mundo y al otro es de la que hoy quisiera hablarles como uno de los factores que fortalecen la ciudadanía, entendida esta tanto desde la definición clásica de Marshall y Bottomore (1998) «Un estatus que se concede a los miembros de pleno derecho de una comunidad —establece la definición—. Todo el que lo posee disfruta de igualdad tanto en los derechos como en las obligaciones que impone la propia concesión», o como esa otra definición, de la que siento más cerca, de Isaac Enrique Pérez: «Identidad cívica, interés por lo público, sentido de pertenencia a una comunidad humana que propicia la integración, el arraigo y compromiso con el destino de la misma».

Relación entre literatura y ciudadanía

Si hay una actividad humana fundamental para la constitución de ciudadanos críticos esa es la lectura. Leer es un acto político, de desvelamiento, conocimiento y creatividad. Leer ayuda a entender la realidad que nos rodea y a conocer y entrañar la historia, por lo que la lectura es una herramienta

para comprendernos como sujetos políticos y sociales, como ciudadanos. Leer, como recuerda Joaquín Rodríguez en *La furia de la lectura* (2021) que dijo Quevedo, no es solo entenderse con las voces de los muertos, sino que es una práctica mediante la cual debemos cobrar conciencia de la multiplicidad de voces, interpretaciones y caminos que se entrecruzan en un texto. Es dialogar con el autor y sus ideas desde la página y desde los entresijos del lenguaje; preguntar, cuestionar, concluir, formarse un criterio. La lectura enriquece nuestro conocimiento de la lengua, morada del ser, pero además al abrirnos a la multiplicidad de interpretaciones del texto y a sus múltiples invocaciones se convierte en principio fundamental de la razón democrática.

La lectura nos ayuda a pensar, a representar en la mente la imagen de las cosas, a razonar y cotejar los distintos puntos de vista, por ende, a formar ciudadanos más atentos y lúcidos. Pero, además, contribuye al desarrollo de la sensibilidad, de la subjetividad, condiciones necesarias para la formación de una ciudadanía identificada con los valores humanos y de la comunidad a la que se pertenece. La lectura literaria, cualquiera sea su género: novela, poesía, teatro, ensayo, nos permite vivir los mundos tangibles e intangibles en el mundo humano, vivir todos los tiempos y las experiencias, la vida de los otros que nos lleva al encuentro de nosotros mismos. Los que hemos asumido la lectura como pasión lo sabemos: leer es salir de sí, de la vida limitada que vivimos, de la casa que habitamos, del trabajo, del ritual de las costumbres y de los lugares cotidianos. No es solo el autor el que vive vicariamente a través de sus personajes, sino también el lector que al participar de la aventura narrada y compartir el destino de los personajes reescribe el texto y se reescribe a sí mismo. No solo Flaubert es Madame Bovary. Yo también fui Emma, yo también sentí las humillaciones de Rodolphe, me dejé tocar y poseer por León en el coche que recorre las calles de París. Un libro puede hacernos santos o adúlteros, víctimas o victimarios, inquisidores, filósofos, reinas, espías. Por eso la lectura nos hace más comprensivos y compasivos, más abiertos a

las disímiles experiencias y matices de la vida, nos hace más humanos.

«La verdadera lectura, produce efectos deseables en la subjetivación, en la toma de conciencia del sujeto y en encontrar un sentido a la vida», dice Gladys Madriz, lo cual, sin dudas contribuye en una visión de la vida abierta y tolerante, por lo tanto plural y democrática.

En ese camino, que nos lleva a la formación de seres humanos conscientes de su humanidad y participantes del mundo y de su comunidad, en un estadio superior de la lectura encontramos al lector que sabe escuchar la voz del libro sin prejuicios, dejándose poseer por él. Puedo no estar de acuerdo con el planteamiento central de un ensayo, puede parecerme reprochable o inexplicable el comportamiento de un personaje, el argumento o las circunstancias que determinan la acción, pero permito que el libro entre en mí, y al buscar la penetración de ser uno solo con el otro en la casa del ser, la lectura se convierte en una experiencia no solo de alteridad, de empatía y valor ético, sino también cercana a lo sagrado, un «dejar vulnerable nuestra identidad, nuestra posesión de nosotros mismos», señala el maravilloso filósofo y teórico de la literatura George Steiner. Lectura que es riesgo, un lance del que quizás no salgamos indemnes, pero que siempre, siempre nos enriquece en el encuentro «con el otro y lo otro». ¿Cuántos libros nos han cambiado alguna creencia, han influido sobre nuestra visión del mundo, han sido experiencias transformadoras?

Esta instancia de la lectura va más allá de preguntarnos qué quiso decir el autor, cuál es su visión del mundo o cuál es el argumento del libro, más allá incluso del goce estético. Steiner la describe cuando se refiere al momento metafísico de algunas lecturas como un acto de amor o de comunión, para el cual es necesario no solo el apartamiento, estar en soledad y silencio, sino también «at home, es decir, estar en la vida como en la propia casa, tener el alma en paz». Entonces, dice, uno se abandona y, a veces, cae al suelo, pero aprende como

confiar en lo absoluto y lo inaccesible. La sola posibilidad de esa experiencia en un mundo que ha perdido el contacto con lo trascendente bien vale una vida de lecturas.

La lectura en República Dominicana

Hasta ahora he tratado de pensar en diferentes matices de la lectura, desde el que podría llamarse primer anillo, el de la mera capacidad de decodificar, identificar signos y símbolos, lamentablemente el mayoritario, hasta la experiencia sagrada de ser uno con lo leído, de recrear, adaptar, hacer nuestro el texto, pasando por el que nos permite preguntarnos acerca de lo que quiso decir el autor, sus puntos de vista y visión del mundo. En este sentido vimos la lectura como un acto político, de cuestionar, argumentar, formarnos un criterio y, yendo un paso más adelante, interpretar y reconocer la multiplicidad de sentidos en el texto y sus posibles interpretaciones. Oportunidad de diálogo, pluralidad contraria a ese solo, incuestionable sentido que tanto gusta al opresor.

Me gustaría ahora, mencionar la existencia de esa otra lectura que es la de la memoria, de la narración pasado-presente en la constitución del sujeto social, en tanto reconocimiento del mundo que nos ha tocado vivir, de la herencia y la tradición que nos constituye, primera lectura a la que accedemos: la del mundo que nos rodea, en la cual juegan un papel fundamental la familia y la escuela, y a partir de su existencia detenerme en la situación de la lectura en nuestro país y su relación con la ciudadanía.

Según uno de los últimos datos publicados por UNESCO, en 2016 República Dominicana tenía una tasa de alfabetización de 93.77 %, muy superior a la de los años anteriores. Por ejemplo, en la década de los setenta, esta rondaba el 72 %, mientras en 2010 ya alcanzaba 89.70 %. Los distintos programas de alfabetización que se han implementado en el país sin dudas han dado su fruto, pero tendríamos que preguntarnos qué por ciento del total consignado ha logrado pasar del nivel básico

de alfabetización, cuántos han logrado ejercer el derecho al aprendizaje y a la educación a lo largo de su vida, para el cual es irrenunciable el derecho a la lectura. «La alfabetización — dice Paulo Freire en frase memorable— es mucho más que saber leer y escribir, es la habilidad de leer el mundo, de continuar aprendiendo y es la llave de la puerta del conocimiento».

Dada la alta tasa de deserción escolar y la pobreza que nos aqueja, la alfabetización a la que se refiere el pedagogo brasileño, así como la continuidad educativa de personas jóvenes y adultas sigue siendo un reto en República Dominicana.

Ni qué decir del derecho a la lectura en un país donde el libro es un objeto casi inencontrable, ausente, fuera de la cotidianidad. Un país sin bibliotecas, sin librerías, sin editoriales, sin programas de estímulo a la lectura, donde la importancia del libro sale a la luz en el momento puntual de una Feria del Libro cada vez más pobre y desorganizada. Situación curiosa: hace unos años se daban datos del total de libros vendidos al terminar la Feria... siempre números si no abultados, distorsionados porque no se especificaba el tipo o género del libro. Más significativo saber que no tenemos datos confiables de los libros que se venden anualmente en el país -excepto la información informal de libreros a los que me he acercado y que cifran en no más de 20,000 tomos la cantidad—, no hay un índice de lectores ni ningún otro tipo de estadística en el sector libro, que no sea el número aproximado de ISBN dados en el año.

Este panorama es todavía más desolador si pensamos en la pérdida de importancia de las humanidades en la escuela, donde la literatura no pasa de ser asignatura obligada en determinados niveles. La pregunta obligada sería si la escuela está siendo el espacio capaz de despertar en los jóvenes el amor a la lectura y el sentimiento de pertenencia a la comunidad a través del conocimiento de la historia, de la literatura y la cultura dominicana en general. Preguntarnos si los profesores son los entusiastas, arrebatados lectores capaces de transmitir la pasión por la literatura y el pensamiento. En-

señar a leer, vuelvo a decirlo, no es solo enseñar a analizar un texto, preguntar y responder qué quiere decir el autor, cuál es la idea central, cuál el argumento. A mi entender es transmitir una actitud, un espíritu, es como enamorar para que el estudiante quede también seducido. Pienso en Camila Henríquez Ureña, en su pasión al enseñar y a interpretar el texto en el aula. haciendo partícipes a sus alumnos.

No conozco los requerimientos ni los programas para la formación de los docentes en el área de la literatura, pero está claro que un cambio en la situación de la lectura en el país pasa necesariamente por la formación de maestros conocedores de nuestra literatura y amantes de la lectura, maestros conscientes de su papel protagónico en la construcción de una ciudadanía crítica.

En este punto no puedo más que traer a colación los resultados del Informe Pisa que en 2018 analizó el rendimiento de los jóvenes dominicanos en lectura, matemática y ciencias, situando a República Dominicana en el lugar 76, con solo 342 puntos en el ranking mundial de lectura; por lo demás con una caída de 16 puntos con respecto a 2015, cuando alcanzó los 358 puntos. Solo el 21 por ciento de los estudiantes alcanzó el nivel 2 de competencia en lectura, el que refiere «a la capacidad de identificar la idea principal en un texto de longitud moderada, encontrar información basada en criterios explícitos, aunque a veces complejos; y pueden reflexionar sobre el propósito y la forma de los textos, cuando se les indica que lo hagan». Y solo un -1% mostró capacidad para comprender textos largos, tratar conceptos abstractos o establecer distinciones entre hechos y opiniones, basadas en claves implícitas relacionadas con el contenido o la fuente de la información. Es decir, solo el 80% pudo completa el nivel de lectura básica.

A mi entender una sociedad que no tenga como uno de sus principales objetivos la enseñanza y el amor a la lectura en la escuela, será necesariamente una sociedad sin hábito de lectura, y por lo tanto de ninguna manera está en condiciones para la formación de ciudadanos críticos, capaces de argumentar, discutir, tener opiniones propias.

«Para alcanzar la formación política de los ciudadanos es imprescindible la formación de una sociedad lectora».

El tema del desinterés de la sociedad dominicana en la lectura debemos mirarlo en el contexto del desinterés, cuando no el desprecio del Estado dominicano por la cultura en general, y en particular por la consolidación de una cultura democrática, la cultura del diálogo y la inclusión. La construcción de la ciudadanía no solo implica un cambio en la relación de los individuos con el Estado, sino también del Estado mismo en su capacidad tanto de garantizar el acceso igualitario a los bienes culturales, como de favorecer el establecimiento de la cultura desde la comunidad. Las políticas públicas sobre la cultura, y la lectura en particular, no solo son deficientes sino también que las que existen en el papel son incumplidas.

Baste para confirmarlo el lamentable papel que desempeña la institución gubernamental encargada de formular, aplicar y regir las políticas públicas en materia cultural, y de salvaguardar el patrimonio cultural y las manifestaciones creativas. La incapacidad del Ministerio de Cultura para cumplir con su misión no es justificable ni siquiera argumentando la escasa asignación económica en el presupuesto nacional, recursos que si bien son una migaja, se pierden en los pasillos de los compromisos políticos y de la ausencia de profesionales comprometidos con el desarrollo de la cultura.

Así como el Estado está obligado a proteger los derechos establecidos en la Constitución: derecho a la vida, a la igualdad, a la libertad, la intimidad, a la libertad de tránsito, de culto y expresión, a la vivienda, la salud y la seguridad social, entre otros, tendría que establecer también el derecho a la lectura. Es más: exigiríamos, como en otros países, Perú, por ejemplo, una Ley que fomente el derecho de las personas a la lectura, que promueva el acceso al libro e incentive la industria editorial. Actualmente, en nuestra Constitución, si bien en el Artículo 63 se consigna el derecho a la educación, y en unos de sus acápites dice que promoverá e incentivará la investigación, la tecnología y la innovación que «favorezcan el de-

sarrollo sostenible, el bienestar humano, la competitividad, el fortalecimiento institucional y la preservación del medio ambiente», una echa de menos la consignación del desarrollo humano a través del libro y la lectura, que tampoco aparecen como tal en la sección relativa a los derechos culturales y deportivos. Más aún, en el Artículo 64, dedicado al derecho a la cultura, encontramos una aproximación por general y abstracta, notoriamente desdibujada y de poca fuerza normativa cuando dice que «establecerá políticas que promuevan y estimulen, en los ámbitos nacionales e internacionales, las diversas manifestaciones y expresiones científicas, artísticas y populares de la cultura dominicana» dejando de lado aspectos concretos como el libro, la literatura y la lectura.

Lectura en la era informática y digital

Finalmente, tema necesario en el diagnóstico de la lectura y la construcción de la ciudadanía en la sociedad contemporánea, es la situación del libro y la lectura en la era informática y digital, en una realidad cada vez más acosada por la hipertecnología, el hipermercado, la cultura del espectáculo y la pérdida cada vez más brutal de los valores humanos y éticos, cuando en Internet y las redes sociales se está produciendo un llamativo regreso al predominio de la imagen, a una visión como la que existía antes de la creación del alfabeto, un regreso a la oralidad a través del chateo e incluso de formas y modismos anclados en la expresión oral. Sin dudas asistimos a un torbellino de cambios acelerados en la manera de recibir la información y comunicarnos, que plantean una revisión profunda de los retos que tenemos por delante para la sobrevivencia de la cultura, la armonía y la humanidad.